

400 AÑOS DE LA MIRADA A JESÚS MUERTO

400 years of looking at dead Jesús

Autor: Fernando Díaz Riol

Periodista y hermano mayor de la Cofradía de la Soledad y Santo Entierro. Cádiz

E-mail: fdiaz@diariodecadiz.com

Recibido: 16 /5 /2024 Revisado: 20/5/2024 Aceptado: 24/5 /2024 Publicado: 1/6 /2024

Resumen:

La Semana Santa de Cádiz, cuenta con un patrimonio de incalculable valor. Las efemérides se suceden suscribiendo su antigüedad. En este sentido, este año se han cumplido cuatrocientos años de la inmejorable escultura del cristo yacente del Santo Entierro de Cádiz. Un regalo hecho a la ciudad por el imaginero Francisco de Villegas que atesora la hermandad de Santa Cruz. Sirvan estas líneas para reconocer el valor artístico y sentimental de esta imagen sagrada que ocupa un espacio imprescindible en el conjunto de la Semana Santa gaditana. Datado en el siglo XVII y de estilo barroco, su esplendor continúa, así como su veneración. Un cristo que embellece en la Sagrada Urna de la autoría del platero Manuel Ramírez y Serrano.

Palabras clave: Semana Santa, Cádiz, Cristo yacente, imaginería

Abstract:

Easter Week in Cadiz has a heritage of incalculable value. The anniversaries are one after the other, underlining its antiquity. In this sense, this year marks the four hundredth anniversary of the unbeatable sculpture of the lying Christ of the Holy Burial of Cadiz. A gift made to the city by the sculptor Francisco de Villegas and treasured by the Santa Cruz brotherhood. These lines serve to recognise the artistic and sentimental value of this sacred image which occupies an essential place in the whole of Cadiz's Holy Week. Dating from the 17th century and of Baroque style, its splendour continues, as does its veneration. A Christ that embellishes the Sacred Urn of the silversmith Manuel Ramírez y Serrano.

Keywords: Holy Week, Cádiz, Christ lying, imagery

Cómo citar:

Díaz, F. (2024). 400 años de la mirada a Jesús muerto. *Gaditana-logía. Estudios sobre Cádiz*, 3(6), 3-8. <http://doi.org/10.25267/Gadit.v3.i6.02>

1. INTRODUCCIÓN

Nos encontramos, cara a cara, con el misterio más inquietante de la vida: la muerte del Hijo de Dios, como un malhechor, y, en él, nuestra propia muerte. El Santo Entierro de Cristo. En la vida, en el día a día, estamos rodeados de muerte. Existe un profundo silencio, incluso un silencio de Dios, ante la muerte de su hijo. Y salta al recuerdo: "¿Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado?"

El Viernes Santo es ese instante en el que queremos contemplar el misterio de la muerte, de frente y sin filtros, porque no sirve de nada esconder la cabeza o mirar para otro lado mientras vamos todos muriendo poco a poco. Cuando el calvario es acuciante, queremos arrodillarnos ante el Cristo muerto y meditar con Él este largo silencio del adiós.

Frente a frente buscando en sus ojos cerrados y en sus heridas resecas, la muerte de Jesucristo ha querido ser el rescate de la humanidad, en un servicio de amor desmedido, apasionado, ilimitado. Cristo ha apostado por la definitiva reconciliación de los hombres con Dios en este gesto de infinita compasión por nosotros.

"Nadie me quita la vida, la entrego libremente. Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos". Esa mirada a Jesús muerto, al Yacente 'dormido', debe dar paso al agradecimiento y arrollidarnos por respeto ante el Cristo muerto para sentirnos uno con Él, para dar sentido entre nosotros a tanto amor derramado desde el corazón, desde su costado, en sangre y agua. Desde sus rodillas maltrechas y sus pies reventados.

A pesar de que lo tenemos justo delante y nos conmueve y admiramos a la par la obra de Francisco de Villegas (1624) y el sufrimiento de Dios convertido en hombre, quedarnos en la muerte, en el Viernes Santo, sería como renunciar a la aurora después de una noche oscura. Hay muchos seres humanos que se quedan en la muerte, les cuesta dar el paso de la fe, se dejan vencer por la duda permanente que les encierra en la desesperanza, como la sagrada talla del Yacente en su urna de plata, y convierte este mundo en una instancia cerrada y sin futuro.

Este Yacente del siglo XVII, que cumple ahora 400 años de su hechura, nos hace perder la mirada en infinidad de detalles, en reflexiones heridas, en el dolor que se ve aunque ya no se siente. En un cuerpo que descansa después de una batalla cruel, injusta e inhumana para ese Verbo que se hizo Carne. El hombre maltratado por otros hombres que, en una hermosa urna de plata, duerme la muerte. Aquí descansa 'el León de Judá'.

La identificación iconográfica de la imagen del Santo Entierro, que es de estilo barroco, nos muestra a Cristo muerto, con su sudario, tumbado sobre sábana blanca.

Brazo derecho reposando al lado del cuerpo y el izquierdo algo levantado sobre su cadera. La cabeza se observa un poco elevada hacia delante, como si estuviese apoyada en una almohada.

En cuanto a la identificación física, la talla está hecha de maderas de cedro talladas y ahuecadas y telas encoladas. Todo policromado y encarnado.

Las dimensiones del Cristo Yacente son: 1,60 metros de largo por 0,46 metros de alto por 0,60 metros de ancho. En lo que respecta a la sábad: 1,70 metros de largo por 0,66 metros de ancho.

Se supone que la imagen fue intervenida y reformada en el tercio central del siglo

XVIII, por algunos artistas genoveses, escultores y pintores, tan abundantes en nuestra ciudad en aquella centuria. Son asimismo visibles las llagas en las rodillas y en otras partes del cuerpo características de la escuela escultórica genovesa. Diversos autores argumentan que la cabeza no se corresponde con la que conocemos de Villegas, ni en el tratamiento del cabello, ni en la morfología del rostro e incluso por la gran espiga que sujetaba la cabeza al tronco.

El poeta y sacerdote José Luis Martín Descalzo, cuando los médicos le habían asegurado que sólo le quedaban unos días de vida, escribió sobre el misterio del calvario que estaba viviendo.

Nunca podrás, dolor, acorralarme.

Podrás alzar mis ojos hacia el llanto,
secar mi lengua, amordazar mi canto,

sajar mi corazón y desguazarme.

Podrás entre tus rejas encerrarme,
destruir los castillos que levanto,
ungir todas mis horas con tu espanto,

pero nunca podrás acorralarme.

Puedo amar en el potro de tortura,
puedo reír cosido por tus lanzas,
puedo ver en la eterna noche oscura.

Llego, dolor, a donde tú no alcanzas.

Yo decido mi sangre y su espesura.

Yo soy el dueño de mis esperanzas.

Es verdad que nos alcanza con demasiada asiduidad la amenaza del hastío que genera la muerte. Tenemos grabado a fuego, como la firma del platero Manuel Ramírez y Serrano en la Sagrada Urna del Santo Entierro, la muerte de Cristo. Ese Vía Crucis desemboca en la luminosa resurrección, siempre que seamos capaces de llegar con



Cristo atravesando un calvario que evite caer en la tentación de convertirnos en simples espectadores o consumidores de la vida, siempre que no vivamos obsesionados por llenar nuestra vida de años en vez de llenar nuestros años de vida. Y Cristo, muerto hoy en la gaditana Cofradía del Santo Entierro, es el camino, la verdad y la vida.

Cuatro siglos del ‘sueño eterno’, el Yacente más desconocido pero no por ello menos cargado de valor artístico y peso devocional, cuyo aniversario y su inminente restauración se viven entre la Cuaresma de 2024 y la de 2025. Unas fechas a la altura de una gran talla, de una obra de arte que Francisco de Villegas regaló a Cádiz. Hace 400 años.

Apéndice fotográfico

Fotos de Jesús Astorga Rubiales







Foto de Antonio García Luque

